Los IRREGULARES de NANKING ROAD

Silvia Aliaga

Ilustraciones de
Inma Moya

NOCTURNA EDICIONES

Silvia Aliaga

Los IRREGULARES de NANKING ROAD

Ilustraciones
Inma Moya

NOCTURNA EDICIONES

© Silvia Aliaga, 2022
Representada por Tormenta
www.tormentalibros.com
© de las ilustraciones: Inma Moya, 2022
© de la presente edición: Nocturna Ediciones, S.L.
c/ Corazón de María, 39, 8.º C, esc. dcha. 28002 Madrid
info@nocturnaediciones.com
www.nocturnaediciones.com
Primera edición en Nocturna: julio de 2022
ISBN: 978-84-18440-75-5

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Solo la verdad nos hace libres».
SHERLOCK HOLMES

Para todos los lectores que encontraron un refugio en el 221B de Baker Street.

PROTAGONISTAS

Emma

Shaoran

Jonathan

Alice

Hubert

Margaret

LOS IRREGULARES DE NANKING ROAD

I

Londres, diciembre de 1893

La noticia se extendió con rapidez por toda la ciudad: el detective había muerto. Susurros en los salones de los clubes de caballeros, exclamaciones de sorpresa en las tabernas junto al Támesis y miradas incrédulas en las oficinas de la policía de Scotland Yard. Incluso en la Cámara de los Comunes, aquel día, no se hablaría de otra cosa. Algunos afirmaron haber escuchado el grito de dolor y rabia del otro hombre, el médico que vivía con él, cuando regresó a su casa y la encontró vacía. Se llegó a decir que rompió la cristalera de una de las ventanas del apartamento al lanzar con fuerza un objeto contra ella. Semanas después, según quien contase la historia, mencionaría que el objeto era un violín dentro de su funda.>

Esa parte nunca fue cierta. Nadie lanzó el violín de Sherlock Holmes por una ventana. En realidad, lo que John Watson lanzó, fuera de sí, a través de la cristalera del despacho del 221B de Baker Street, fue un simple pisapapeles. Una piedra pulida y pintada de verde, del tamaño de un puño y sin ningún valor, que solía decorar el escritorio de su compañero. Sin embargo, el resto de la historia era muy real: Sherlock Holmes estaba muerto y más que muerto. Su cadáver se había perdido en las

profundidades del río Aar, en Suiza, a los pies de las cataratas de Reichenbach.

Emma Doyle acababa de cumplir quince años cuando la noticia aterrizó sobre Londres como un viento helado que recorrió las calles y arrasó con todo. Se encontraba con Wiggins, uno de sus amigos y el cabecilla del grupo, practicando sus técnicas de observación en el mercado de Covent Garden. Emma se había situado en la intersección de dos de los pasillos más concurridos, repletos de puestos de comida, y tras cincuenta segundos exactos contemplando su entorno, tratando de memorizarlo todo y a todos, había cerrado los ojos, siguiendo las instrucciones del chico.

—Muy bien —dijo Wiggins, a su lado—. ¿Cuántas cabezas de cerdo hay sobre el mostrador de la carnicería detrás de ti?

—Tres —contestó Emma, sin dudarlo, todavía con los ojos cerrados. A su alrededor, el sonido y los olores propios del mercado se intensificaron. Intentó no centrarse en eso, aquella era una prueba de observación y en su mente debía mantener fresco todo lo que había visto.

—Perfecto —contestó Wiggins. Aunque no podía verlo, por el tono de su voz Emma supo que su amigo había esbozado una leve sonrisa en su cara pecosa—. ¿Quiénes están atendiendo en el puesto de frutas y verduras de la esquina?

—Dos mujeres.

—Descríbemelas.

—Una de ellas aparenta cincuenta años, más o menos. Tiene el pelo corto y canoso, lleva una falda de lana y una mantilla gris. La otra parece su hija…

Supo que había metido la pata antes de que Wiggins la reprendiera.

—Háblame solo de lo que has visto. No necesito saber lo que parece. Nosotros no hacemos eso, no es nuestro trabajo sacar conclusiones.

La voz del detective sonó en la cabeza de Emma: «No necesito teorías, necesito hechos».

Abrió los ojos. Estaba cansada, tenía hambre y, si algo recordaba del puesto de frutas y verduras de aquella mujer y la que a todas luces era su hija, eran las relucientes manzanas verdes que se apilaban en un rincón. Wiggins la miró con hastío.

—Vamos, Emma, tienes que practicar. La última vez, en el caso del asesinato del vendedor de joyas, no te percataste bien del color de…

—No me lo recuerdes —le cortó ella. Había perdido una guinea por culpa de aquel ridículo error—. Olvídate de eso, ¿quieres? Te invito a una manzana.

Wiggins enarcó una ceja.

—¿Llevas dinero encima?

—Vamos, Wiggs —se rio Emma—. He robado cosas mucho más complicadas que un par de manzanas en un puesto del mercado, y tú también.

Aun así, por primera vez, se preguntó si merecía la pena intentarlo. Si quince años ya eran demasiados como para

que la pequeña ladronzuela empezase a ser considerada una verdadera ladrona y acabase pasando la noche en un calabozo. En el fondo, sí que llevaba dinero suficiente para comprar un par de manzanas. Quizá ya no tenía demasiado sentido seguir tentando a la suerte. Por otro lado, pensó, para acabar en el calabozo primero tendrían que descubrirla. Hasta ahora nunca lo habían hecho.

Emma era distinta al resto de los Irregulares de Baker Street, el grupo de muchachos con el que había crecido, correteando por las calles del distrito de Marylebone y el de Regent's Park. Debido a la insistencia de su hermana, siempre se las había apañado para mantener su pelo castaño limpio y bien peinado, y sus sencillos vestidos y botas en buen estado. Gracias a eso, aunque nadie la confundiría jamás con una de las jóvenes damas a las que en ocasiones se veía bajar y subir de los carruajes de aquel barrio, Emma siempre había dado una buena impresión a los adultos. Y por eso se había convertido en la mejor ladrona de los Irregulares.

Sin embargo, esta vez su amiga Mercedes frustró su intento y la sacó de su repentino dilema moral agarrándola del brazo y llevándola lejos de aquellas manzanas relucientes. Apareció de la nada, entre los clientes que se apelotonaban frente a los puestos, y se acercó a Emma y a Wiggins con paso decidido.

—Eh, Mercie, ¿qué mosca te ha picado? —se quejó Wiggins mientras su amiga los arrastraba hacia el exterior del mercado con poca delicadeza.

El rostro moreno de Mercedes, normalmente alegre, mostraba un gesto compungido.

—Ha pasado algo, venid conmigo.

En la calle, el frío calaba los huesos. Había empezado a nevar. Una nieve suelta y delicada que no llegaba a posarse en el suelo, pero que impregnaba Londres de un tono pálido, como si aquella mañana alguien hubiese frotado la realidad con un paño bañado en alcohol y el mundo se hubiese desteñido un poco.

Mercedes los guio hacia una esquina de la plaza del mercado de Covent Garden. Refugiadas del frío, junto a un portal, había un par de caras amigas. Dos más de los Irregulares de Baker Street: Freddy, la mano derecha de Wiggins, y Zoe, con su habitual ceño fruncido aún más marcado de lo normal. Emma los observó confusa.

—¿Qué ocurre?

Fue Zoe la que habló; el pelo rubio ceniza le caía por la cara y tapaba parte de su mirada, pero Emma la conocía lo bastante bien como para saber que había estado llorando.

—El detective ha muerto.

Emma se quedó sin aliento. Pocas horas después, todos descubrirían qué había pasado exactamente —los detalles de la persecución al profesor James Moriarty—, pero en aquel instante nada de eso importaba todavía y Emma no tenía muy claro cómo debía sentirse. El detective había muerto y, con él, su única fuente de ingresos fiable desde hacía más de seis años. Desde que eran niños, los Irregulares de Baker Street se dedicaban a proporcionar

información a Sherlock Holmes, manteniéndolo al tanto de todos los cotilleos que jamás llegarían de otro modo hasta los oídos de un caballero respetable. Un chelín diario por sus servicios y una guinea si le ofrecían una pista válida. Sin embargo, eso no era lo que más le dolía. Sherlock Holmes rara vez había sido algo más que una figura distante para ella, nunca había intercambiado con él demasiadas palabras, pero su presencia en Londres y en su vida había sido un ancla, un recurso que sabía que podría utilizar cuando todo lo demás fallase. Alguien al que siempre podría pedir ayuda. Ahora, esa ancla se había soltado y ella navegaba a la deriva. El detective había muerto y el mundo de Emma Doyle estaba a punto de cambiar para siempre.

Contempló a sus amigos, sin ser consciente de que esa iba a ser la última vez que estarían todos juntos, y su voz sonó vacía y asustada cuando planteó la pregunta:

—Y ahora, ¿qué hacemos?

II

Alice Doyle recibió la noticia un poco más tarde que su hermana.

Mientras caminaba a paso ligero por las calles del barrio de Aldgate, en dirección a la oficina de correos, oyó a un tendero hablar en la puerta con una mujer, mencionando a Sherlock Holmes y unas cataratas de nombre exótico.

—Supongo que era cuestión de tiempo que alguien lo matara —comentó la mujer con cierta indiferencia mientras recolocaba al bebé que sujetaba en brazos—. Ese tipo de hombres no suelen llegar a viejos.

Alice se detuvo de golpe, bloqueada tras lo que acababa de oír. ¿Sherlock Holmes había muerto? No pudo evitar pensar en Emma y en si ya estaría al tanto. Estaba convencida de que así era: los Irregulares de Baker Street se enteraban de todos los rumores de la ciudad antes que nadie, por eso el detective solía contar con ellos. Alice nunca había simpatizado demasiado con los amigos de su hermana pequeña, un puñado de pequeños delincuentes con los que llevaba alternando desde que tenía uso de razón. Pero Baker Street y el resto de calles del barrio de Marylebone resultaban mucho más seguras que el East End, donde ambas vivían en un minúsculo apartamento de apenas una habitación en los bajos de un edificio ruinoso, y Alice prefería que Emma se alejase de allí durante el día,

aunque a cambio corriese el riesgo de meterse en un montón de líos jugando a detectives y ladrones en la zona rica de la ciudad. Emma acababa de cumplir quince años y Alice tenía sus dudas sobre si, a estas alturas, su hermana pequeña prefería el papel de detective o el de ladrón. Los dos parecían encajar bien con sus habilidades.

A pesar de todo, Alice tenía otros asuntos en los que pensar en ese momento. La noticia de la muerte de Sherlock Holmes no había sido, ni mucho menos, lo más impactante que le había ocurrido aquella mañana. Primero, la repentina proposición de matrimonio. Después, la carta de su hermana. Su otra hermana, la que no compartía con Emma.

Reanudó la marcha rumbo a la oficina de correos, sujetando la carta con fuerza en su mano enguantada, dentro del bolsillo del abrigo. Alice tenía veintiún años, una edad más que suficiente para contraer matrimonio, y el hombre que se lo había propuesto era un buen tipo, y con mejor posición que ella, lo cual no era complicado. Se trataba de un sastre que vivía en Creechurch Lane y que había enviudado hacía menos de un año. Tenía un temperamento afable y, aunque casi le duplicaba la edad, aún podía resultar apuesto. Alice había visitado en un par de ocasiones su taller, para arreglar dos de sus vestidos con el fin de que los llevase Emma y para encargar que adaptaran un viejo abrigo de su padre a su propia figura. Aunque sabía que podría resultar un poco extraño ver a

una mujer joven con un abrigo de hombre, no tenía dinero para comprarse uno nuevo.

Creciendo en el East End, sacando adelante a su hermana pequeña prácticamente sola tras la muerte de sus padres, Alice hacía tiempo que no se permitía perderse en ensoñaciones románticas. No esperaba que un príncipe azul la rescatase del cuchitril con olor a humedad y a hollín en el que vivía y le ofreciera un futuro brillante. Pero tampoco había esperado que su primera propuesta de matrimonio proviniese de un hombre al que apenas conocía, mientras le tendía las prendas que acababa de arreglarle y le enumeraba con una sonrisa cordial los motivos por los que aceptar aquello podría ser beneficioso para ella.

—Mis dos hijas necesitan una madre y tú pareces una muchacha sensata y ahorradora. Además, incluso podríamos tener nuestros propios hijos si tú quisieras. La casa en la que vivo te gustará, está justo encima de la sastrería. ¿Quieres subir a verla?

Alice no había subido a ver la casa. Sabía que todas y cada una de las mujeres que conocía —salvo, quizá, sus dos hermanas— la animarían a aceptar la propuesta de ese hombre. Ella se sentía mareada y egoísta por no hacerlo, el futuro de Emma también estaba en juego. Tras regresar a su apartamento, aturdida, y dejar las prendas sobre la cama, se había percatado de un pequeño sobre en el suelo, junto a la puerta. Alguien les había escrito. El sobre estaba marcado con el símbolo del correo internacional y Alice

solo conocía a una persona que viviese fuera de Inglaterra. Leyó la carta de su hermana con emoción contenida: quizá no necesitaba un príncipe azul, al fin y al cabo. Margaret Turner, su hermana mayor, acababa de ofrecerle una salida. Una nueva vida.

Aceleró el paso, dejando atrás al hombre y la mujer que hablaban de la muerte de Sherlock Holmes, con la esperanza de llevar encima las monedas suficientes para mandar un telégrafo a la Concesión Internacional de Shanghái esa misma mañana.

III

Emma había vomitado tantas veces durante los últimos días que apenas tenía fuerzas para hacerlo una más. Poco después de partir, uno de los marineros la había visto arrodillada en la cubierta, con la frente apoyada en la regala y sin ser capaz de retener el contenido de su estómago, y le había dicho que todo mejoraría cuando saliesen al mar abierto y dejara de verse la tierra en el horizonte. Había mejorado, sí, pero llevaban más de una semana navegando y Emma aún se sentía mareada. Echaba muchísimo de menos el suelo firme de Inglaterra bajo sus pies.

Aunque debía admitir que, en otros sentidos, el barco salía ganando. Desde luego, el mar abierto olía mucho mejor que Londres y la gente allí parecía más satisfecha que en la ciudad, sin prisas por ir a ninguna parte, simplemente esperando que el barco hiciese su trabajo. No era un barco lujoso, como los modernos trasatlánticos cuyos diseños decoraban algunas de las postales que se vendían en el kiosco de prensa del Regent’s Park. Es más, cuando Emma por fin se había resignado al hecho de que su hermana y ella se marchaban a China, de entre todos los lugares posibles, había ido hasta allí y había robado una de esas postales para contemplarla y consolarse con la idea de que, al menos, el viaje en barco iba a ser interesante. Ni

imaginaba entonces que su estómago sufriría tanto ni que ese tipo de transatlánticos dibujados en la postal, como su nombre indicaba, solo se utilizaban para cruzar el océano Atlántico rumbo a América.

El barco que las llevaba a Asia era más ligero y pequeño. La mayor parte de su interior estaba destinado a transportar mercancía, pero también tenía bastantes camarotes. La hermana de Alice, la señorita Margaret Turner, les había reservado un camarote de segunda clase y Emma no podía quejarse en ese sentido. La comida era buena, aunque ella no se había animado a probarla hasta el tercer día, cuando sus mareos ya no resultaban tan terribles, y el camarote estaba limpio. Resultaba sorprendente que la señorita Turner pudiera permitirse algo así. Sobre todo teniendo en cuenta que el barco contaba con pasajes más baratos que Emma y Alice hubiesen aceptado de buen grado.

—Creo que te quedaste con la hermana equivocada —le había dicho a Alice la primera noche, mientras ambas contemplaban el techo oscilante de su camarote desde una cama mucho más confortable que su colchón de Londres.

Alice había soltado una risita divertida y se había girado para observarla en la penumbra. Desde que se habían subido al barco, ella también estaba mucho más relajada, casi como antes de que sus padres muriesen y Alice tuviera que hacerse cargo de todo. La luz de la luna que entraba por el ojo de buey se reflejaba en su rostro bronceado. Alice tenía la piel tostada, incluso aunque nunca tomase el sol, y

los ojos y el pelo de un color castaño cálido. Todo en ella era dorado, a diferencia de Emma, de piel clara, ojos azules y melena castaña oscura. Se preguntó si la señorita Turner se parecería a Alice. Eran hermanas, al fin y al cabo, aunque apenas se habían visto un par de veces en los últimos quince años.

En realidad, Emma y Alice no compartían vínculo sanguíneo. El padre de Alice y la madre de Emma se habían casado cuando Emma todavía estaba en el vientre de su madre y Alice era una niña de seis años. Emma no había conocido a ningún otro padre que aquel hombre ni a otra hermana que a Alice. Sin embargo, el señor Doyle también tenía otra hija: Margaret, bastante mayor que Alice. En la época en la que el señor Doyle volvió a casarse, Margaret ya tenía diecisiete años y trabajaba de doncella para una familia de Yorkshire. Nunca les había ido a visitar ni había llegado a conocer en persona a la nueva esposa de su padre, aunque intercambiaba correspondencia de forma puntual con él y con su hermana. Al poco tiempo, Margaret comenzó a usar en sus cartas el apellido de soltera de su difunta madre, recalcando todavía más la distancia entre ella y los Doyle. Emma aún recordaba la mirada de resignación de su padre cada vez que veía el nombre escrito en los sobres que recibían y que en cada ocasión parecían llegar de un país nuevo: la India, Perú o Estados Unidos. Los señores para los que trabajaba Margaret tenían negocios en todo el mundo y sus cartas resultaban apasionantes a ojos de una niña como Emma, que

imaginaba a la señorita Turner como una exploradora salida de una novela de aventuras. Ahora, entrada en la treintena y asentada en la Concesión Internacional de Shanghái, donde trabajaba para una nueva familia británica, Margaret Turner les había ofrecido a ambas un empleo y un nuevo hogar al otro lado del mundo.

Emma observó a Alice y se preguntó cómo se sentiría al respecto. Esa tarde, estaban descansando en la zona de cubierta reservada a los pasajeros de segunda y tercera clase. Alice se encontraba de pie, con la espalda apoyada en una pared, vestida con un abrigo que había pertenecido a su padre y con una boina de lana calada hasta las orejas para protegerse del frío. Leía en silencio un periódico que alguien había abandonado en una de las tumbonas.

—¿Algo interesante? —preguntó Emma para llamar su atención. Le importaban muy poco las noticias del periódico, en realidad. No podían ser muy actuales, llevaban casi dos semanas en el barco.

—Hablan sobre la muerte de Sherlock Holmes. Dicen que perseguía a un delincuente, pero no dan demasiados detalles. No mencionan su nombre.

—Moriarty —contestó Emma con desgana—. James Moriarty. Era el jefe de una importante organización criminal.

Alice levantó la vista del periódico.

—¿Cómo sabes eso?

Emma se encogió de hombros.

—Llevaba un tiempo tras sus pasos. Todos lo sabíamos.

No tuvo que especificar que con «todos» se refería a ella y sus amigos, Alice estaba más que al tanto de sus andanzas.

—El periódico dice que él también ha muerto —le informó Alice—. ¿Eso también lo sabíais?

Emma asintió. La señora Hudson, la casera de Sherlock, se lo había contado a Freddy la misma mañana en la que llegaron las noticias. Freddy había dicho que la mujer estaba desconsolada aquel día. Sintió una punzada de nostalgia y desvió la mirada hacia su regazo, hacia el cuaderno y el lápiz que llevaba en la mano. Estaba sentada en una de las tumbonas de la cubierta y llevaba un buen rato intentando escribir en su cuaderno de notas, pero le resultaba imposible. En el fondo, sabía que esa falta de concentración no se debía solo al mareo.

El mundo que había dejado atrás en Londres, su mundo, se desmoronaba. Una parte dentro de ella se alegraba de huir, de saber que iba a encontrarse bien lejos cuando todo desapareciese por completo. Emma había sido la primera, pero todos y cada uno de los Irregulares de Baker Street acabarían abandonando aquellas calles que los habían visto crecer y emprenderían caminos distintos. Ahora ya nada les ataba a ese lugar y era un alivio no ser la última en quedarse atrás, viendo partir al resto.

Quizá resultaba obvio en su rostro que no estaba de buen humor, porque Alice dobló por fin el periódico y lo lanzó a una de las tumbonas vacías, antes de sentarse a su lado y rodearla con un brazo.

—He oído que en Shanghái, junto a los muelles, hay playas de arena y rocas —le dijo con una sonrisa alentadora —. Los ancianos y los niños suelen ir allí cuando hace bueno para pescar cangrejos. Después, encienden hogueras en la arena y asan los cangrejos. Muchas veces hay música y, si es un día de fiesta, fuegos artificiales.

Emma sonrió, a su pesar. Alice se estaba esforzando. Llevaba toda la vida esforzándose con ella.

—Suena maravilloso —le dijo, sujetando la mano libre de Alice—. Aunque ¿crees que los cangrejos de Shanghái sabrán como los del Támesis?

Alice exageró un gesto de desagrado y Emma se echó a reír.

—Dios santo, ¡espero que no!

IV

El día en que Hubert Jelinek conoció a las hermanas Doyle, ellas acababan de llegar al hotel en el que él trabajaba, situado en Nanking Road, en medio de la Concesión Internacional de Shanghái. Lo primero que pensó fue que esas dos jóvenes no podían encontrarse más fuera de lugar en un sitio como aquel.

El barco en el que Alice Doyle y su hermana pequeña habían viajado, desde Inglaterra hasta China, apenas había atracado en el puerto hacía un par de horas y parecían impresionadas por la bulliciosa calle que se desplegaba a su alrededor. Hubert no podía culparlas, de todos modos. La Concesión Internacional de Shanghái reunía a mercaderes y hombres de negocios de todo el mundo, especialmente de Inglaterra y Estados Unidos, pero también de otros países de Europa, Asia y América. Con su ecléctica mezcla de culturas y estilos arquitectónicos, Nanking Road resultaba cautivadora y extravagante incluso para él, que llevaba diez años viviendo allí.

Lo segundo que pensó Hubert Jelinek al conocer a las hermanas Doyle fue que la más joven de las dos, Emma Doyle, no debía de tener más de quince años, la misma edad que tenía él cuando su mundo entero se vino abajo.

Lo que pasó en Karlovy Vary

Primera parte

Había conseguido acorralar al pequeño pájaro en una esquina. El animalillo se ocultaba detrás del toldo colorido de un tenderete, revoloteando tras la tela y sin ser capaz de emprender el vuelo. Hubert sospechaba que alguien le había cortado algunas plumas para que no pudiera hacerlo. Lo poco que había podido vislumbrar del ave, piando confusa entre los tenderetes de comida, licor y obleas del mercadillo vespertino frente al Gran Balneario, le había hecho pensar que se trataba de uno de esos pájaros exóticos que solían traer los turistas extranjeros que visitaban Karlovy Vary. No sabía cómo el pajarillo había sido capaz de llegar hasta allí y de cuál de las lujosas mansiones de aquella calle se había escapado, pero estaba claro que, si no se lo llevaba, no conseguiría permanecer con vida mucho más tiempo. Si no se daba prisa, acabaría aplastado por el zapato de un transeúnte o en la tripa de algún gato.

—Vamos, pequeño. —Hubert se acercó con cuidado y se agachó bajo el puesto de frutas escarchadas—. Solo quiero ayudarte.

En un movimiento rápido, retiró el toldo tras el que se ocultaba el animal, consiguiendo atraparlo entre las manos